

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José, *Los Tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*, Valladolid, Universidad de Valladolid-Castilla Ediciones, 2011, 382 págs.

Es indudable que desde hace tiempo asistimos a una renovación de la Historia Militar en España. Los primeros estudios sobre el ejército de la Monarquía Hispánica desde los ámbitos historiográficos anglosajón y francés abrieron nuevas perspectivas y vías de investigación, posteriormente continuadas por una larga nómina de historiadores españoles que han ido incorporando nuevos enfoques, propios de ámbitos como la Historia social, la prosopografía, los estudios de redes y elites de poder, la Historia económica y de la fiscalidad, ampliando considerablemente nuestro conocimiento sobre el ejército en época de los Habsburgo. A este grupo pertenece Antonio José Rodríguez Hernández, autor de una tesis doctoral en la Universidad de Valladolid en 2007 sobre el reclutamiento en Castilla en la segunda mitad del siglo XVII, que cuatro años después ha visto la luz como libro, con sugerente título en alusión a un sonido, el de las cajas llamando a filas, que durante este período no dejó de tronar en la mayor parte de las ciudades y villas castellanas.

En primer lugar, conviene destacar que este libro llena un importante vacío historiográfico. Es cierto que tanto G. Parker como I. A. A. Thompson abordaron hace años el estudio de los procedimientos de alistamiento por comisión, propios del siglo XVI. También que A. J. Espino, J. Contreras y L. A. Ribot, entre otros, han analizado las características generales de los nuevos sistemas de reclutamiento introducidos por la Monarquía durante el siglo XVII, con especial atención al reinado de Felipe IV, período en el que R. Mackay centró su estudio sobre los mecanismos de negociación y resistencia articulados por las ciudades castellanas frente a la intensificación de la presión fiscal y las levas forzosas. Sin embargo, hasta ahora no contábamos con un trabajo de tal envergadura sobre el reclutamiento de soldados profesionales para los numerosos frentes abiertos por la Monarquía de los Austrias en un período tan amplio, la segunda mitad del siglo XVII, que permanecía prácticamente inédito.

A partir de una bibliografía bien escogida y de una abundante documentación de archivo, el autor describe las distintas modalidades de reclutamiento que se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo XVII en suelo castellano. En el primer capítulo nos presenta las cifras del ejército movilizado por la Monarquía en los distintos frentes. Flandes continuó siendo el destino exterior más importante de las tropas alistadas en Castilla, con un claro proceso de decadencia durante la Guerra de los Nueve Años, debido a su menor importancia estratégica. Después se situarían las posesiones italianas, destino todavía muy atractivo para los soldados españoles, especialmente Milán, gracias a un sistema de reemplazo que permitía asegurar unos 15.000 hombres por año. Le seguían los presidios norteafricanos, punta de lanza en la lucha contra el curso turco-berberisco, y

los presidios peninsulares que, a excepción del Reino de Granada, estaban mal provistos y peor pagados. Se destaca algo que será una constante en el libro: la importancia de Cataluña como el frente bélico peninsular que más hombres demandó de Castilla en el período. A pesar de los problemas derivados de la dispersión geográfica de los efectivos movilizados y la disparidad en el rigor y fiabilidad de las fuentes consultadas, el autor realiza un importante esfuerzo de cuantificación de los efectivos reclutados, destacando el período de la Guerra de los Nueve Años como el momento álgido en la movilización de soldados bajo Carlos II.

El capítulo segundo es una visión general de las distintas tipologías del reclutamiento en Castilla, síntesis y avance de lo que el lector encontrará con mayor detalle en los cinco capítulos siguientes. Por un lado, las vías de reclutamiento directo, que comprenderían las fórmulas más tradicionales y antiguas de alistamiento, como el reclutamiento voluntario por comisión, el repartimiento por cupos y el alistamiento a través de vecindarios municipales. Por otro, la vía indirecta, basada en la participación y colaboración de los agentes e intermediarios locales, cada vez más necesaria ante la escasez de voluntarios, que iría desde los servicios de reinos, provincias y ciudades, pasando por los asientos, el reclutamiento de particulares a su propia costa, a cambio de patentes de capitán con suplimientos y los servicios de nobleza y clero, mucho menos importantes en su número y frecuencia en la segunda mitad del siglo XVII. La aparición de una gama tan amplia de modalidades de reclutamiento se produce a partir de los años treinta del siglo XVII, precisamente cuando la multiplicación de frentes dentro y fuera de la Península evidencia el agotamiento de las fórmulas tradicionales de alistamiento de voluntarios en una Castilla diezmada demográficamente. Todas ellas presentan rasgos y elementos comunes: El papel cada vez más relevante de los vestidos de munición en las partidas de gastos de las levas; los procedimientos de transporte de compañías, en los que la iniciativa privada y el recurso a los “lugares de concentración de tropas” irán ganando terreno para reducir los costes de traslado a los lugares de embarque; la cuestión del pago de socorros y el alojamiento de soldados, así como el problema de la “tasa de desgaste”, un 8 á 13% de reclutados que nunca llegarían a sus destinos, bien por enfermedad o muerte, bien por haber desertado después de cobrar los primeros socorros.

En el capítulo tercero se ocupa del reclutamiento voluntario, vigente desde el siglo XVI como la principal vía de alistamiento de soldados para Flandes e Italia. Aborda sus antecedentes en el sistema de concesión de conductas y patentes a capitanes veteranos y oficiales de nuevo nombramiento, que para llenar sus compañías debían concentrar sus esfuerzos en los principales núcleos de población, realizar una cuidada escenografía que ensalzaba las virtudes castrenses, amén de echar mano de generosos socorros y primas de enganche para captar reclutas, que veían en la vida militar una posible vía de ascenso socio-profesional o, simplemente, un medio para sobrevivir. Sin embargo, la competencia de otras

levas, la ausencia de brazos y la multiplicación de frentes obligaron a los capitanes a completar sus unidades con forzados y a ir reduciendo progresivamente el tamaño de sus compañías, que a mediados del XVII rara vez alcanzarían los 100 hombres. Los capitanes, clave del sistema, eran elegidos de entre una gran masa de militares reformados que pululaban por Madrid a la espera de un ansiado ascenso. Sobre el papel, debían pasar por un proceso de selección fijado desde el Consejo de Guerra, por medio de ternas en las que debían primar criterios como el mérito y la experiencia. Sin embargo, en algunos casos las ternas no se respetaron y se eligió a individuos cuyo único mérito era su pertenencia a un determinado linaje o sus contactos en la Corte. En un intento de desentrañar qué criterios primaron en los nombramientos, el autor analiza una muestra de 44 casos, cuyos resultados vendrían a confirmar la importancia de la veteranía sobre otros factores como el favor o la sangre, y la preponderancia de la ascendencia hidalga entre los oficiales designados. No obstante, creemos que el universo elegido resulta escaso para medio siglo, lo que puede desvirtuar los resultados del análisis, sobre todo en lo concerniente a las conclusiones sobre la procedencia geográfica de los nuevos oficiales.

En cuanto a la geografía del reclutamiento voluntario, se constata un claro predominio de los territorios de la Meseta Norte —despunta Valladolid como ciudad de aluvión—, Madrid, donde se daban cita numerosos soldados y oficiales en busca de ascensos, y Andalucía, todas ellas áreas con un alto grado de urbanización. También se analiza el grado de cumplimiento de este tipo de levas para la segunda mitad del XVII, esta vez sí, sobre una muestra significativa —332 compañías reclutadas—, arrojando un elevado porcentaje de éxito en las levas voluntarias, que colocaron en Flandes, Italia, Cataluña y Extremadura cerca de 32.000 hombres durante el período estudiado.

El capítulo cuarto se dedica al sistema de los repartimientos, una modalidad que comienza a generalizarse durante la década de 1640. Consistía en el reparto de un número de reclutas a los municipios de un distrito, utilizando como base los antiguos padrones y el dinero recaudado con la composición de milicias. En este caso la responsabilidad de las levas no recaía sobre los capitanes sino sobre los corregidores, cuyo papel militar se potenció enormemente. A cambio, los representantes municipales, cuya colaboración resultaba indispensable, recibían importantes premios por su colaboración: ascensos en la administración, oficios militares, mercedes de hábito para ellos, sus familiares y allegados. Sobre el papel, el sistema permitía obtener un mayor número de hombres en poco tiempo, concentrándose las levas en los municipios más importantes de la Meseta. Sin embargo, también presentaba defectos. A pesar de que el grado de cumplimiento estuvo entre el 80% y 90%, el grueso de soldados reclutados era de peor calidad que con las reclutas voluntarias, sobre todo desde 1648, cuando se generalizan las levas forzadas sobre ociosos, vagos y delincuentes con penas leves, muchas veces efectuadas de modo indiscriminado sobre sectores de población especial-

mente empobrecidos que, en absoluto, respondían a dicho perfil. Por otro lado, el hecho de que la Corona tuviese que contar con la mediación y el apoyo de las oligarquías locales, determinó el reparto de una gran cantidad de patentes de capitanes en blanco con suplimientos para facilitar el cumplimiento de las levas, permitiendo la entrada en el ejército de muchos oficiales sin los servicios ni los méritos requeridos.

En el siguiente capítulo el autor se centra en las vecindades, vía de reclutamiento basada en el reparto de un cupo de reclutas sobre el número de vecinos de un municipio, generalmente del 1% o el 2% de los hombres entre 20 y 50 años de edad. Según Rodríguez Hernández, la relación entre esta modalidad y las milicias fue muy estrecha —a veces la frontera entre ambos sistemas nos parece difusa—, ya que sus orígenes se encontraban en el reemplazo de milicias de la década de 1630, sirviendo como base para las sacas los mismos padrones de milicias elaborados en años anteriores. Como en el caso de los repartimientos, con esta modalidad se buscaba reunir rápidamente un buen número de soldados en el mismo marco geográfico y, fundamentalmente, con destino al frente catalán. Así lo evidencia el vecindario de 1693, en el que se pretendía, sobre una población estimada superior a los 490.000 vecinos, aplicar una leva del 2% en territorios castellanos —de realengo y señorío—, lo que permitiría contar con más de 9.000 soldados para la campaña del año siguiente. En efecto, entre 1693 y 1694 se llegaron a obtener cerca de 21.000 soldados —la mayoría forzados—, constituyendo, según el autor, la campaña de reclutamiento más importante de la segunda mitad del siglo XVII.

El capítulo sexto aborda el complejo “mundo de los servicios”, fórmulas de contribución militar similares a las empleadas en Navarra y la Corona de Aragón, que pasaban por la negociación de un “servicio” de hombres con las corporaciones locales de zonas “periféricas” de Castilla. Esta modalidad se practicó en los territorios de la cornisa cantábrica, donde la contribución al reclutamiento voluntario había sido tradicionalmente nula o escasa, y donde la Corona tuvo necesariamente que pactar las condiciones de los servicios con Juntas, Diputaciones y Provincias, cuyas actas de reuniones han dejado una información riquísima, que permite describir los procedimientos de repartimiento de soldados solicitados por el rey. Su análisis evidencia prácticas como la venta de plazas de reclutas y, sobre todo, la necesidad de buscar “sujetos de séquito” entre las oligarquías locales para llenar las compañías a cambio, como era habitual, de mercedes de hábito y patentes con suplimientos. Estas mercedes con el tiempo se convirtieron en condición *sine qua non* para la negociación de los servicios con el rey, por parte de unos agentes locales cada vez más exigentes en sus pretensiones. Ahora bien, el autor demuestra, en contra de las tesis tradicionales, que la hidalguía universal no fue obstáculo para la inclusión de levas obligatorias en territorio vasco y que, si bien al principio, los servicios fueron negociados para operaciones puntuales de autodefensa, entre 1660 y 1680 se consolidó un servicio regular de

hombres reclutados en la cornisa cantábrica con destinos tan diferentes como Portugal, Flandes o Cataluña. A estas fórmulas se añaden otras, como la de los Tercios Pilonos en Galicia, que procuraron al rey un reemplazo anual en torno a los 6.000 soldados con destino a Países Bajos, y los servicios particulares de las ciudades de la Rioja y del Reino de León, de una entidad mucho menor y que con el tiempo acabarían desapareciendo o componiéndose en dinero.

El último tipo de reclutamiento analizado por el autor es el que se realizaba a cargo de las ciudades mediante la fórmula medieval de los apercebimientos: el rey solicitaba la colaboración de las ciudades mediante el reclutamiento a su costa de una o varias compañías, que se integrarían en el ejército real. Se trataba de una modalidad usada en momentos puntuales durante el siglo XVI y que reaparecía otra vez bajo Carlos II. A cambio, para asegurarse el concurso de los municipios, la Corona concedería a las ciudades dos tipos de incentivos. Primero, las mercedes acostumbradas a las elites locales —hábitos, patentes de capitanes y suplimientos—, posibilitando que a partir de 1690 los nombramientos recayesen en “los cachorros de la clase dirigente”. Esto generó importantes tensiones y conflictos en el seno de los cabildos por el control de las patentes y provocó, como denunciara el maestre de campo Melchor de Avellaneda en 1692, el desorden en las filas del ejército debido a la falta de motivación para el combate de estos oficiales, más preocupados por el prestigio de sus cargos que por su ejercicio. Segundo, toda suerte de arbitrios sobre el consumo —vino y carne principalmente— para que las ciudades pudiesen costear las levas. A pesar de precedentes como el de 1668, no fue hasta 1684 cuando el rey formuló la primera solicitud general a 17 ciudades castellanas, con resultados poco halagüeños, ya que sólo la mitad aceptó cumplir con el servicio, y muy por debajo de lo esperado —apenas se alcanzaron 1.100 hombres—. Entre 1690 y 1693 Carlos II formuló nuevas peticiones para el reclutamiento de soldados con destino al frente catalán, esta vez entre 28 ciudades. No obstante la resistencia de muchas ciudades y del descenso de las aportaciones a lo largo de esos tres años, los datos aportados por el autor evidencian un balance de 7.000 soldados reclutados, no tan malo.

En el capítulo octavo encontramos un acercamiento a la sociología y características del soldado, aunque con el problema de partida de no contar con series regulares de listados fiables y sistematizados de compañías para el período estimado, que permitan contemplar el mismo universo de análisis para todos los tipos de reclutamiento. Así, mientras que para el caso del reclutamiento voluntario la muestra estudiada no pasa de los 200 soldados —Ávila y Valladolid— y para el reclutamiento de las ciudades es de poco más de 100 —entre Baeza y Écija—, para tipologías como la de los vecindarios y los servicios el universo estudiado se amplía considerablemente a los 1.700 y 1.833 casos respectivamente. El autor observa características comunes a todas las modalidades del reclutamiento, como son la condición no hidalga de la mayoría de los soldados, que responderían al

perfil de un mozo, de procedencia castellana y soltero. Estos rasgos se acompañan de peculiaridades específicas en cada tipo de reclutamiento, como la mayor extracción urbana e inmigrante del alistamiento voluntario, frente a la preponderancia de la procedencia rural y propia de las zonas donde se realizaban las levadas en el caso de repartimientos, vecindades y servicios, nutridos mayoritariamente de forzados. No obstante, se trata de resultados que, en nuestra opinión, se ven claramente distorsionados, tanto por la elección de muestras tan dispares en su número y, en algún caso, poco significativas, como por la ausencia de unos criterios de selección que otorguen más rigor al análisis estadístico.

La obra se cierra con un recorrido diacrónico por el alistamiento de soldados en la segunda mitad del siglo XVII, lo que permite hacernos una idea de cómo evolucionó la política reclutadora de la Corona en el período. Con acierto, el autor se centra en campañas puntuales para analizar la capacidad de movilización de Carlos II: la Guerra de Devolución, donde se llegaron a extraer cerca de 13.000 soldados para Flandes; la Guerra de Holanda, que supuso un cambio en la planificación del reclutamiento, con la imposición de un repartimiento general en Castilla de algo más de 12.000 soldados; la Guerra de Luxemburgo, que determinó la movilización de tropas en muy poco tiempo; y la Guerra de los Nueve Años, conflicto que implicó la realización de tres grandes movilizaciones, en 1690 —unos 6.000 soldados—, 1693 —9.000 hombres— y 1694, año en el que la Corona llevó a cabo un giro radical en su política reclutadora, con la inclusión de la saca del 2% en Castilla, de la que se obtendrían unos 11.400 hombres para refuerzo del ejército de Cataluña. En todas estas campañas llaman la atención tres aspectos: la persistencia del reclutamiento voluntario en áreas muy específicas —Meseta Norte y Madrid—, a pesar de ir perdiendo terreno ante fórmulas cada vez más coercitivas; el notable incremento de los sistemas de reclutamiento con intermediarios y asentistas, que por ejemplo, alcanzaron un 18% de aportaciones en la campaña de 1693; y el marcado protagonismo del Tercio del Reino de Granada en todas las movilizaciones, como vivero regular de hombres para la campaña de Cataluña durante todo el período.

El autor demuestra cómo la apertura de los frentes portugués y catalán en la Península representaron un verdadero desafío para la Monarquía, que tuvo que buscar nuevas fórmulas alternativas al reclutamiento voluntario por comisión y a la movilización de las milicias para afrontar las nuevas necesidades defensivas. Fue entonces cuando se intensificaron las levadas forzadas de ociosos, vagos, maleantes y entretenidos, y se necesitaron nuevos métodos de captación de hombres mediante agentes e intermediarios locales que buscarían su premio a través de mercedes, despachos de oficiales, hábitos de órdenes militares y títulos de nobleza. El proceso descrito en *Los Tambores de Marte* no fue lineal, sino que se vio sometido a constantes vaivenes, descartes y regresos a fórmulas tradicionales, e introducción de otras nuevas, porque desde Madrid nunca se tuvo certeza de cuál era la adecuada para cada campaña. El reclutamiento voluntario

procuraba soldados de calidad, pero no era suficiente para cubrir las necesidades imperiosas de hombres para Cataluña y Flandes. Las fórmulas de cupos y el alistamiento forzoso permitían incrementar el número de soldados en poco tiempo, pero también aumentaban las posibilidades de desertión y proporcionaban un porcentaje elevado de indeseables en las filas del ejército. La política reclutadora de la Corona, lejos de obedecer a una planificación adecuada, trató de adaptarse a las coyunturas y a las necesidades impuestas por cada conflicto, con más o menos éxito.

El libro de Antonio J. Rodríguez Hernández, no cabe duda, constituye la obra definitiva sobre el reclutamiento castellano en la segunda mitad del siglo XVII. Llena un vacío historiográfico en una etapa apenas estudiada por los especialistas del ejército, por cargar con la etiqueta de la decadencia de las armas hispanas bajo el Hechizado. Sin embargo, este último aserto es puesto en duda por el autor, que demuestra cómo la capacidad reclutadora durante el reinado de Carlos II fue mucho más elevada de lo que tradicionalmente se ha sostenido, y se abrió el camino para las futuras reformas que emprenderían los Borbones en el siglo XVIII. El uso, ya señalado, de muestras muy reducidas en algunos de los análisis estadísticos, la presencia de ciertas reiteraciones en torno a cuestiones ya explicadas, la falta de un análisis comparativo con otros escenarios europeos que permitiría comprender mucho mejor la dinámica general del problema a una escala macro, o la ausencia de un estudio en profundidad sobre procesos que nos parecen de capital importancia, como el de los asientos privados, el reclutamiento a cargo de nobleza y clero, y el papel e identificación de los agentes e intermediarios locales, beneficiarios del reparto de mercedes y patentes, representan defectos menores que en absoluto restan valor a la obra. Ésta es el fruto de un trabajo de investigación sistemático sobre una ingente cantidad de fuentes primarias, que el autor conoce a la perfección, lo que constituye una de sus principales virtudes, pero no la única. El enorme despliegue de datos, la inclusión de un buen número de tablas y listados que apoyan con cifras totales y porcentuales las tesis sostenidas, el uso de elaborados mapas que nos sitúan en la dimensión geográfica del reclutamiento castellano, así como un útil glosario de términos, indispensable para los no iniciados en el tema, son valores añadidos en una obra que, en nuestra opinión, es ya referente en su campo. Son razones de peso para felicitar al autor y animar a su lectura.

*Antonio Jiménez Estrella*